

# De exagerados y desentendidos

El incidente provocado con motivo de la asistencia de algunos dirigentes de la oposición al acto convocado por la CUT hace una semana, para conmemorar el Día del Trabajador, ha dado lugar a distintas interpretaciones. Más allá de condenar lo que fue una agresión cobarde, probablemente premeditada y que se amparó en el matonaje propio de quienes gustan de insultar en grupo, también se reeditó una vieja discusión en torno al legado de los gobiernos de la Concertación.

Como suele suceder en estos casos, han aflorado las voces críticas al interior del otrora oficialismo, donde se enumeran los varios compromisos incumplidos durante las últimas dos décadas y, por esa vía, se explica —cuando no justifica— la airada reacción de un puñado de manifestantes. Qué duda cabe de que, mirado en retrospectiva, se podrían escribir centenares de páginas y columnas en torno a todo aquello que las administraciones concertacionistas no pudieron (o no quisieron) hacer.

Se trata de una posición interesante. Primero, porque a diferencia de lo que ocurría hace algunos años, cuando el gobierno y los sectores dominantes en la coalición prodiga-



**Jorge Navarrete**

Al evaluar a la Concertación, cada uno tendrá que sopesar sus responsabilidades y omisiones. Lo que no parece correcto es hacerse partícipe de los éxitos y desentenderse de los fracasos.

ban esfuerzos para silenciar estos debates, el estar ahora en la oposición nos ha brindado una valiosa oportunidad para discutir y resolver nuestras diferencias. Segundo, porque estoy convencido de que sólo en la medida que podamos tener un diagnóstico común sobre las causas de la derrota electoral, es que se podrá reeditar la virtuosa alianza entre el centro y la izquierda, con un renovado proyecto para los 20 años que tenemos por delante.

En ese ánimo y sin querer defraudar a quienes últimamente me han tildado de beligerantemente crítico, como no de desleal o amargado, es que quisiera matizar algunos de esos juicios, los que a ratos rayan en la exageración. Es el caso de la columna que publicó Roberto Pizarro en *La Tercera* del jueves. En efecto y por ejemplo, atribuir a los gobiernos de la Concertación el haber facilitado las “desigualdades sociales” o equiparar su “honradez y decencia en los asuntos públicos” con la experimentada durante la dictadura, me parece un completo despropósito.

Juicios como esos y otros, desprovistos de todo matiz y contexto, hacen poca justicia a la que fuera la coalición política más exitosa en la

historia de Chile. No lo fue sólo en términos electorales —lo que me imagino algo dice de la evaluación ciudadana de su obra—, sino también en razón de los otros índices por los cuales se mide el progreso de una nación: crecimiento económico, desarrollo de las libertades, solidez de sus instituciones o mejoramiento de la calidad de vida de los ciudadanos, en especial de los más pobres. Las cifras están a la vista y no es posible detallarlas aquí. Con todo y para resumir la envergadura de la tarea, bastaría con constatar que en los últimos 20 años el país avanzó lo que antes tomaba cuatro o cinco generaciones.

Nada de eso impide reconocer que se cometieron muchos errores y que, probablemente, no estamos ni cerca de la sociedad que antaño soñábamos para Chile. Efectivamente, existen muchas deudas; y así como hay varias que tienen que ver con nuestra falta de decisión y voluntad política, también creo que no son pocas las que tienen su origen en el no poder, más que en el no querer.

Pero si de falta de vocación de cambio se nos acusa, probablemente

también tengamos que decir algo sobre nuestros silencios, de cara al rol que han tenido ciertos sectores o movimientos sociales. ¿O acaso las dificultades para transformar la educación o salud públicas no tienen algo que ver con sus respectivos “colegios profesionales”, cuyo desempeño más se parece a un sindicato que al de personas preocupadas por una política pública de mayor calidad? ¿No hay una crítica al movimiento sindical, cuya cada vez menor representación es evidencia de su deterioro? ¿Los que agredieron a los dirigentes de la Concertación son en verdad representativos de lo que tan pomposamente llamamos “el mundo de los trabajadores”? Incluso más, ¿hubiera sido el aplauso de aquellos un indubitado veredicto de que lo estábamos haciendo mejor?

Al momento de los análisis y las evaluaciones, cada uno tendrá que sopesar cuáles han sido sus propias responsabilidades y omisiones. Lo que no me parece correcto es hacerse partícipe de los éxitos y desentenderse de los fracasos. Esa es la razón, entre otras cosas, por las cuales suelo escribir en primera persona. Y, en este caso, tratándose de un ex ministro del gobierno de la Concertación, humildemente le recomendaría a Pizarro lo mismo.